

# Pasión, locura y bandidaje

Los expolios artísticos y delitos contra el patrimonio han sido frecuentes a lo largo de la Historia. Ningún ejemplo mejor, quizá, que el protagonizado por Roma con las esculturas griegas

**PEDRO NAVASCUÉS PALACIO**

Catedrático de Historia del Arte. Escuela de Arquitectura, Madrid

Cuando estudiábamos arte clásico en la Facultad lo preparábamos con el conocido manual de *Arte romano*, de Antonio García y Bellido, catedrático de la asignatura. Uno de los capítulos iniciales se refería a la helenización de la cultura romana como consecuencia de la conquista de Grecia, de tal manera que poco a poco se introdujo en la Roma republicana de los siglos II y I antes de Cristo, el gusto por el arte, la literatura, el teatro, la filosofía, y otras ramas del saber de origen helenístico.

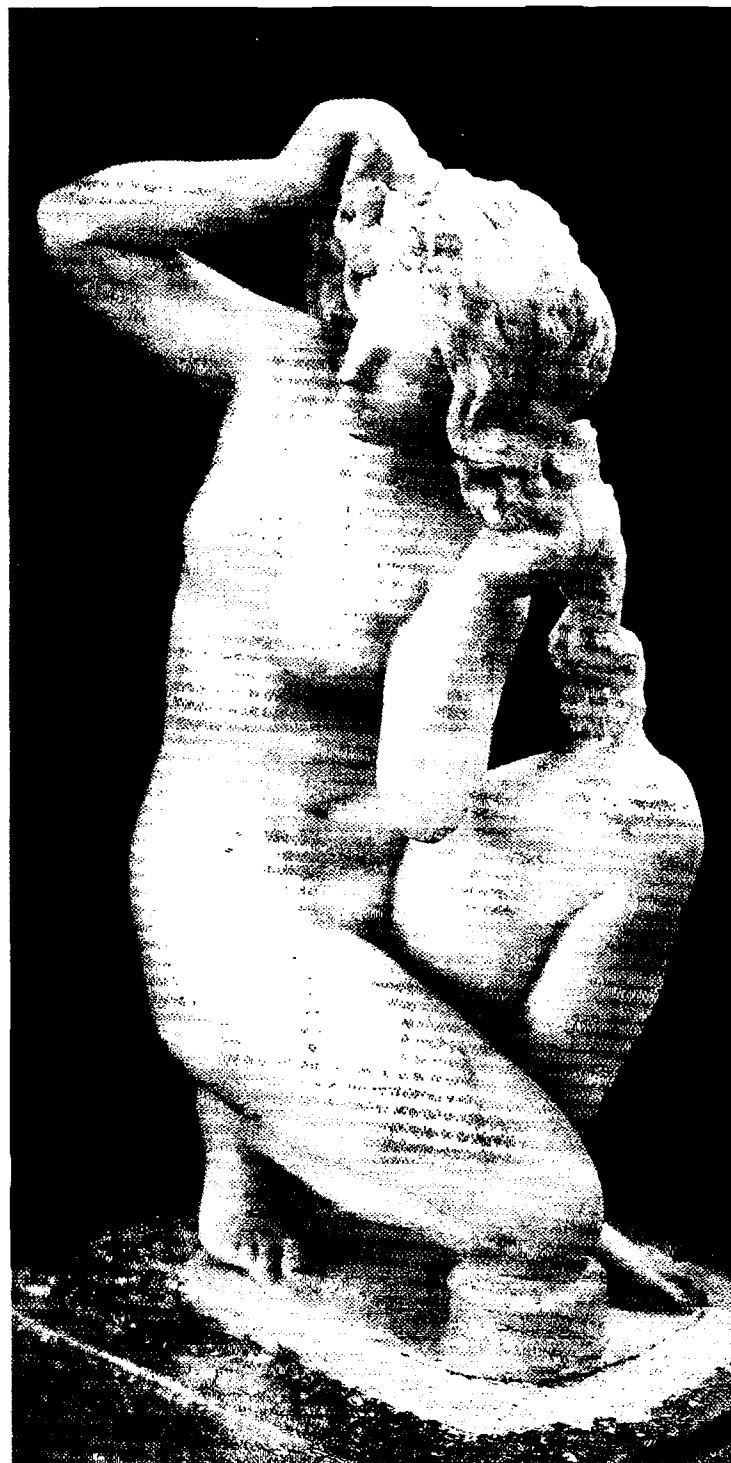
Muchos hombres, en su mayoría en calidad de esclavos como Polibio, llegaron a Roma poniendo su sometido talento al servicio del nuevo patrón que en el campo de las artes contó con arquitectos como Hermódoros de Sálamis, autor de los primeros templos que se levantaron en Roma contruidos en mármol al modo griego, escultores como Poliklés, Dionysios y Tymarchides o pintores como Demetrios de Alejandría.

A esta helenización contribuyó también el expolio del patrimonio artístico griego que los vencedores mostraban en Roma. Uno de los primeros expolios al que refiere Tito Livio es el que Marcelo llevó a cabo

en Siracusa (212 a.C.), haciendo trasladar a Roma estatuas y cuadros como "despojos arrebatados al enemigo según el derecho de guerra y abrieron la era en que los romanos comenzaron a admirar las obras de arte de los griegos".

Esto lo confirma Plutarco al decir que estos trofeos sirvieron "de recreo en su triunfo y de ornato a la ciudad. Porque antes no había (en Roma), ni se conocía, objeto de gusto y primor, ni se veía nada que pudiera llamarse gracioso, fino, delicado. Roma estaba llena de armas tomadas a los bárbaros y de despojos sangrientos... (haciendo gala Marcelo) de haber enseñado a los romanos a apreciar y admirar las obras de arte griegas que antes no conocían".

El propio Tito Livio narra el triunfo de Fulvio Nobilior (187 a.C.) en cuyo cortejo, además de los carros llevando el oro y



## Las grandes fortunas convirtieron sus casas, villas y jardines en verdaderos museos privados

la plata confiscada en las legendarias tierras de Etolia y Epiro, de los prisioneros con la cabeza afeitada, de las armas y máquinas de guerra de todo tipo cogidas al enemigo, figuraron 285 estatuas de bronce y otras 230 de mármol.

Pero esto era apenas nada comparado con el botín de la

triumfal entrada en Roma de Paulo Emilio tras su campaña en Macedonia (167 a.C.), donde el cortejo duró tres días si bien, añade Tito Livio, "el primero apenas bastó para las traslación de las estatuas y cuadros procedentes del botín y que se habían colocado en 250 carros...".

Así se fue afianzando en los últimos años de la República de Roma el gusto por el arte griego, nació el coleccionismo, se imitaron los más célebres modelos, copias y réplicas de las más conocidas estatuas una veces salidas de talleres romanos utilizando mano de obra griega y en otras ocasio-

Estatua del  
Hermes de  
Andros, dios de  
los viajeros y de  
los comerciantes,  
copia romana de  
un original del  
siglo IV a.C.,  
Atenas, Museo  
Arqueológico  
Nacional,  
derecha. La diosa  
Afrodita saliendo  
del baño, copia  
romana de un  
original de  
Doisadas de  
Bitinia, siglo IV  
a.C., Tarquinia,  
Museo  
Arqueológico  
Nacional,  
izquierda.



nes venidas de los talleres atenienses que ahora trabajaron para Roma, todo para futura confusión y tortura de arqueólogos e historiadores.

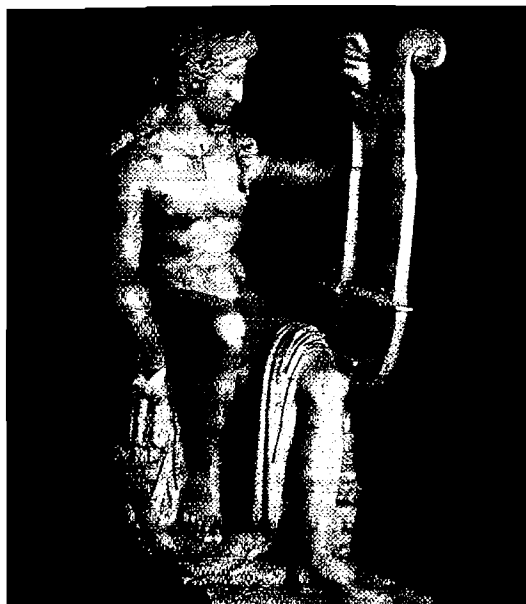
Se multiplicaron las versiones marmóreas de los originales en bronce y así surgió el neoatcismo, al tiempo que el esnobismo de los llamados *philókaloí* hacían gala de su preferencia por el arte griego. Las grandes fortunas convirtieron sus casas, villas y jardines en verdaderos museos privados, a la vez que la propia Roma se ofrecía como formidable museo de escultura al aire libre, según evocaba Cicerón dos años antes de ser asesinado (43 a.C.) al decir que la ciudad era "riquísima en obras de arte de todo género pertenecientes al dominio público".

**Obras excepcionales.** Esto pudiera parecer una hipérbole pero si se recuerda que sólo en el Pórtico que construyó Quinto Cecilio Metelo y en la inmediaciones de los templos de Júpiter y Juno se llegaron a reunir una *Venus* de Fidias, un *Eros* de Praxíteles, el grupo de *Alejandro Magno* formado por veinticinco figuras ecuestres, todas en bronce y obra de Lisipo, la *Venus agachada* de Doisdalsas, la *Venus* que llamamos de Médicis, entre otras obras, veremos que no había exageración en sus palabras.

Es más, la opinión del célebre orador romano interesa de modo muy especial porque él mismo contribuyó a esta moda helénica de tal manera que su filosofía, escritos y personal gusto artístico giraron siempre en torno a modelos griegos. En efecto, el conocimiento del arte griego aflora con frecuencia en la obra escrita de Cicerón, pero alcanza un protagonismo indiscutible en su *Discurso contra Verres*, aunque este texto, inexplicablemente, no figure en la llamada literatura artística.

Se dan en él varias circuns-

tancias interesantes para estas peripecias como son el que Verres, nombrado pretor de Sicilia, expolió el patrimonio artístico público y privado de la isla con una crueldad enfermiza. Por otra parte, Cicerón conocía muy bien Sicilia por haber sido allí *cuestor* por un tiempo, siéndole familiares muchas de las cosas que menciona, como son las obras de arte y sus autores, de tal manera que no habla aquí sólo el orador, el fiscal de la causa contra Verres, sino el entendido en materia artística para el que las obras no eran objetos



Apolo, en una copia romana de un original helenístico, Roma, Museo Nacional Romano, Palacio Altemps.

## Para localizar las mejores piezas de la isla, Verres se valió de todo tipo de artimañas

inertes o preciosos por su materia, sino que contenían la esencia de aquel mundo sublime que los griegos no sólo enseñaron en Roma sino a la posteridad toda.

Las consideraciones que Cicerón hace en las *Verrinas* acerca de las obras expoliadas por Verres, en especial en el IV Discurso, *De signis* o sobre las obras de arte, según reciente traducción de José María Requejo (Gredos, 2000), son dignas de ser leídas y releídas porque en ellas se sustancian y anticipan muchas de las cosas que luego el arte y el hombre se verán condenados a repetir.

Todo comenzó en el año 73 (a. de C.) con el nombramiento de Verres como pretor de Si-

cilia, si bien ya había ejercido como legado y luego como procuestor en Cilicia, llevándose de sus templos y edificios públicos todo cuanto pudo. Ahora se disponía a hacer lo mismo en Sicilia y en sólo tres años asoló la isla por lo que sus habitantes recurrieron a Cicerón. En el año 69 Verres fue juzgado y condenado y en la decisión de los magistrados pesaron, sí, todas las acciones derivadas de una prevaricación sin límites, pero no fue menor la consideración de lo que hoy llamaríamos delitos contra el patrimonio.

Al argumentar la defensa de Verres que todas estas obras habían sido compradas por seis mil quinientos sesteracios

la oratoria de Cicerón se enciende y exclama "¡El *Cupido* de Praxíteles en mil seiscientos sesteracios!". La pobre valoración de Verres había hecho caer desde el cielo los nombres de aquellos artistas, cuando todos "hemos visto que se vendía en una subasta una estatua de bronce, no muy grande, en cuarenta mil sesteracios".

En el colmo del refinamiento y para localizar las piezas importantes de la isla en manos privadas, Verres se valió de todo tipo de artimañas utilizando los servicios de dos artistas, Tlepólemo y Hierón, de los cuales uno "tenía por ocupación modelar la cera y el otro pintor".

Así se hizo con famosas piezas cerámicas, con las copas cinceladas de Pánfilo; con los objetos de plata de Diodoro; con los vasos terminados en forma de caballo de Calidio; con el monumental candelabro de oro y pedrería que el príncipe de Siria tenía intención de ofrecer a Júpiter en su templo del Capitolio de Roma...

No respetó la estatuaría sagrada, como la *Diana* de Segesta que Cicerón describe. Sustrajo igualmente del templo de Esculapio en Agrigento "una estatua bellísima de *Apolo*, en cuyo muslo estaba grabado el nombre de Mirón en letras de plata muy pequeñas". No corrieron mejor suerte los templos de Siracusa. Se llevó los batientes de las puertas de su templo de Minerva "y arrancó y se llevó un bellísimo rostro de Gorgona..."

Todo esto ocurrió hace mucho tiempo, sí, pero hace sólo unas semanas se arrancaron para siempre los magníficos batientes de la puertas de la fachada principal de la Biblioteca Nacional de Madrid -nuestro profano templo de Minerva- y mientras termino estas líneas me entero de que en la pasada semana apareció abatida en el suelo, con la cabeza rota, la bellísima estatua de Santa Catalina que formaba parte de la excepcional portada renacentista de Santa María la Grande de Pontevedra. ¿Cuál sería hoy el juicio de Cicerón? ●



Cicerón dirigiéndose al Senado romano, por Cesare Maccari.

## Cicerón contra los expolios de Verres

Cicerón comienza el mencionado discurso sin saber cómo llamar a esta acción: ¿pasión, locura, bandidaje? Luego prueba que Verres "no dejó nada en casa de nadie..., nada en los lugares públicos, ni siquiera en los templos, nada en poder de un siciliano, nada en el de un ciudadano romano... en una palabra: ése (Verres) no dejó en toda Sicilia ningún objeto ni privado ni público, ni profano ni sagrado..."

En la descripción de lo sustraído aparecen obras como el *Cupido* de mármol esculpido por Praxíteles, "el mismo artífice que hizo, según creo, aquel Cupido de la misma factura que está en Tespias" y que nadie se atrevió nunca a tocar porque estaba consagrado. Cicerón se refiere luego al "*Hércules* de bronce magníficamente realizado. Se decía que era de Mirón, según creo, y sin duda lo es"; menciona después las *Canéforas* de bronce, donde pone énfasis en su calidad artística al decir: "Pero su autor ¿quién es? ¿Quién? Me lo recuerdas bien. Decían que era Policleteo".